

Nocera bajo el título de San Vicente de Paul, le llevase un día todos los hermanos de ella, y particularmente los jóvenes que debían salir á las misiones. Por lo que habiendo ido estos á su aposento, les hizo un fervoroso discurso sobre el ejercicio de las santas misiones, y les dió algunas breves instrucciones escritas por él, sobre el modo de predicar y de esparcir con fruto la palabra de Dios. Despues les inculcó á todos que aborreciesen y huyesen de la vanidad de parecer doctos y eruditos en sus sermones, sino que predicasen solamente á Jesus crucificado, y no á sí mismos. Por último, les recomendó la brevedad en todos los ejercicios de las misiones, y sobre todo que atendiesen á la oracion para recoger un fruto mas copioso en la viña de Jesucristo. Lo mismo andaba recordando de cuando en cuando con fuerza y energia al citado rector de dicha congregacion, que tambien era cura de la iglesia de San Félix de los Paganos.

CAPITULO II.

Ultimos años de vida de San Alfonso.

La salud de Alfonso se iba deteriorando mas y mas á medida que se le aumentaban los años. Despues del 29 de Noviembre de 1779, ya no estuvo en estado de celebrar la santa Misa, y en consecuencia desde entonces ya no hizo mas que recibir todas las mañanas la sagrada comunión, continuando por otra parte en observar siempre el método de vida descrito en el capítulo anterior.

Su abstinencia, que en el estado de salud en que se hallaba, parece que deberia disminuirse algo, y moderarse tanto en la cantidad como en la calidad de los alimentos, se veía por el contrario, aumentar mas y mas. Porque en estos últimos años, en lugar de la pieza de carne que se le daba siempre con la sopa de yerbas, no queria mas que una poca de ensalada, y en vez de que antes solo dejaba de cenar los sábados, en esta época se abstuvo de hacerlo todas las noches. Si se le preparaba algún plato un poco delicado, ó lo rechazaba decididamente diciendo que era nocivo á su salud, ó bien, si se le estimulaba á

comerlo se ponía á darle vueltas y revueltas con el tenedor, y despues, sin probarlo absolutamente, hacia seña de que se lo llevasen, con el pretesto de que se lo guardasen para el dia siguiente, ó para otros muchos dias. Habiéndosele enviado en una ocasion un poco de manjar blanco de regalo, no quiso en manera alguna probarlo, y á la persona que insistia en que lo comiese, le respondió pronto: *Esto no es alimento de pobres: quitadlo.* Así tambien al que le aconsejaba un dia que comiese un poco de pan de España le respondió: *Dadme pan de maiz.* En efecto, habiendo preguntado un dia á uno de los padres de su congregacion si en el refectorio comun se ponía á cada uno segun la costumbre la porcion de pan moreno, y habiéndole respondido que sí, desde el dia siguiente, quiso que se le llevase su parte de dicho pan que iba comiendo poco á poco, diciendo que era bueno aun para la salud. Tambien hacia seña con la mano á su hermano lego para que no echase caldo caliente en la sopa que se enfriaba muchísimo y parecia una cataplasma á causa del mucho tiempo que empleaba en comerla. Ademas de esto jamas omitió el poner desagradable y amargo todo lo poco que comia, mezclándole los acostumbrados polvos de agenjo, ni el no beber ni agua fuera de la mesa, aun en los grandes calores de la estacion. Y si en estos últimos años se

resolvió á tomar un poco de chocolate, á beber un poco de vino al fin de la mesa, y á comer una que otra vez algun alimento no tan ruin y ordinario como queria, jamas lo hizo sino con la mayor repugnancia, y despues de habérselo mandado los médicos y particularmente su director.

Lo mismo sucedió con respecto á sus disciplinas de costumbre y demas rudos tratamientos de que se servia para atormentar su cuerpo. Y aun habria continuado destrozándolo hasta el último aliento de su vida, si cinco años antes de su muerte, en consideracion á su decrepitud, á la suma debilidad y flaqueza en que se hallaba, á la contraccion de los nervios y demas enfermedades habituales, su mismo director no hubiese juzgado conveniente prohibirle estas clases de penitencias. Solo entonces fué cuando obligado por la obediencia las omitió, y dió al hermano lego Francisco Antonio Romito, su confdente, la cajita en que guardaba todos los horrosos instrumentos de penitencia, para que la echase en la cloaca de la casa, imponiéndole el mas riguroso secreto. Pero si en estos últimos años hizo cesar la horrible carniceria que habia hecho siempre de su cuerpo, por otra parte, no dormia mas que cinco horas entre noche y dia, jamas se acercaba al fuego, y nunca lo tenia en su aposento ni aun en el mas rívido invierno.

Luego que Alfonso se consagró todo al Señor, se desprendió enteramente como ya se ha observado, de todo afecto terreno hácia sus parientes; pero no de aquella solicitud que debía tener por su eterna salvacion. Además de las muchas instrucciones y prudentes consejos que jamas cesó de darles por medio de cartas, procuró tambien en varias ocasiones, como se ha visto, instruirlos y aconsejarlos de palabra. Sucedió tambien, que habiendo muerto por este tiempo su hermano D. Hércules, además de dos hijos varones dejó tambien una hija grandecita llamada Doña Terecisa; lo que sabido por Alfonso, tomó el mayor empeño por verla llegar á ser esposa de Jesucristo en algun monasterio de Nápoles. Por lo que despues de haber hecho á Dios muchas oraciones por ella, y despues de haber hecho explorar rigurosamente su voluntad por medio de prudentes y muy buenos confesores, y de haberse asegurado de la divina vocacion de ella al estado claustral, quiso que viniese á verlo á la casa de San Miguel, donde procuró animarla á mantenerse firme en la resolucion que habia tomado, y á corresponder fielmente á la vocacion del esposo celestial que se dignaba elegirla por su esposa. Despues la recomendó ardientemente á la misma señora de experimentada piedad y virtud, que la habia acompañado para que la tuviese á su lado en su casa por

algunos meses antes de tomar el hábito, y que jamas permitiese que entre tanto, su sobrina fuese al teatro, ni á festines, ni á ningunas otras diversiones públicas como era de costumbre. Despues, cuando supo que su repetida sobrina debía salir del convento, segun el uso, para volver á entrar y tomar el hábito religioso, escribió á su tutor, y á la Señora Duquesa de Bovino recomendándoles é inculcándoles que en aquel caso evitasen toda clase de pompa y vanidad, y que no fuese adornada sino con trage decente y muy honesto, como en efecto se hizo. Y no fueron perdidos sus afanes y su empeño porque tuvo el gusto de saber que habia vestido el hábito monacal entre las Religiosas Benedictinas del venerable monasterio de San Marcelino en Nápoles, donde ha vivido y vive todavia muy ejemplarmente, en gran retiro y con forma de escelente religiosa.

Sucedió que esta misma sobrina al partir para Nápoles pidió á Alfonso un cuadro de la Virgen del Buen Consejo que tenia en su aposento, para llevarlo al convento y conservarlo para memoria de su tio. Pero él, á pesar de ser rector mayor, le respondió que no era dueño de él, y que no podia dárselo sin licencia del vicario general; y en efecto, no se lo dió hasta que tuvo dicha licencia. Tal era la exactitud con que observaba siempre aquella pobreza que ha-

bia escogido por su querida compañera, y que queria fuese tambien la de todos sus alumnos. Por lo que en los últimos años de su vida no pudiendo ya vigilar por sí mismo sobre la observancia de esta virtud, no dejó de inculcarla y recomendarla al vicario general, que se valiese de toda clase de medios sobre esto. Ademas, cuatro años antes de su muerte, que así el mismo vicario general, como los demas rectores locales prestaron de nuevo el juramento de hacer observar la pobreza y la vida comun, conforme á las reglas aprobadas por la Sede apostólica; lo cual se hizo públicamente en presencia de toda la comunidad reunida en la capilla doméstica de la Virgen de los Dolores.

Hacia ya muchos años que Alfonso, ademas de las penosas enfermedades corporales, sufría fuertes tentaciones, y era atormentado por graves agitaciones y angustias de espíritu, permitiéndolo Dios así para mayor mérito y prueba de su siervo que queria purificarlo mas y mas de la mas leve escoria en un crisol tan doloroso. Y todas estas penas y trabajos tan angustiosos y tan molestos, se aumentaron todavia muchísimo en los últimos años de su vida. Las sugestiones del demonio contra los misterios de nuestra fé de que se veía asaltado no solo de dia sino de noche y aun dormido, eran tan violentas, que para resistirlas

y rechazarlas se le oía por toda la casa gritar con voz estridente y golpear el suelo con los pies llamando en su auxilio á Jesus y á María, y hacer protestas de creer y de querer ser siempre hijo fiel de la Iglesia católica; de manera que daba compasion á todo el que lo oía. No era menor el tormento que padecia con sus escrúpulos y con sus dudas de conciencia, en términos, que mandaba llamar continuamente y aun á horas muy avanzadas de la noche, ya á uno, ya á otro de sus directores, ó bien, despues de haber hecho escribir á su hermano lego sus dudas en un papelito, hacia que lo llevase á alguno de ellos. Por supuesto que luego que oía su opinion, ó recibia sus órdenes, ya fuese de palabra ó escritas de su puño, se calmaba y se tranquilizaba completamente, porque si en su obrita intitulada: *Quiétude para las almas escrupulosas*, habia enseñado á los demas que en este caso debia obedecerse á un prudente y sábio director, mucho mas procuraba él depender enteramente de ellos no solo en todas sus incertidumbres y en todos sus escrúpulos, sino aun en todos sus pensamientos y acciones aunque fuesen indiferentes, y ademas en el rezar algunas oraciones fuera de las de costumbre, tanto para no errar como para no privarse nunca del mérito de la obediencia. Todavia mas, tenia siempre á mano un papel en que estaba escrito todo lo que le habia

mandado su director, y se lo hacia leer de cuando en cuando para no omitir cosa alguna, pues le habria sido muy penoso cualquier olvido. Por todo esto podia muy bien decirse que no vivia ni aun respiraba sino por mera obediencia.

Si Alfonso habia hecho siempre uso de la prudencia de los santos para ocultar todo lo posible sus virtudes y los dones sobrenaturales en que abundaba, para evitar toda sombra de vanagloria y estimacion de sí mismo, mucho mas procuró hacerlo en estos últimos años de su vida. Porque cuando conocia que los que iban á verlo, (que no eran pocos y hasta personajes ilustres), si conocia, decimos, que iban solo con el objeto de verlo, de examinarlo y de admirar en él la abundancia de los dones divinos, sabia muy bien mostrarse sencillo, ignorante, de pocos alcances, y aun muchas veces como un niño de corta edad; de modo que algunos que no penetraban el fondo de su virtud, lo estimaban en poco, se burlaban de él y lo despreciaban como justamente descaba. Pero no lo hacia así con los que iban para escuchar sus consejos, para recibir sus instrucciones, y para tratar, de negocios relativos á la gloria de Dios y á la salvacion de las almas; porque en este caso de niño, se volvia al instante cual era, un hombre provisto de doctrina y de mucha prudencia, ministrando á cada uno segun

su necesidad las luces convenientes y dictándole los remedios oportunos.

Dos ó tres años antes de su muerte dijo un dia á su criado: *En estos contornos hay una muger mala, ¿lo sabes?* Y habiéndole respondido que no sabia nada: *Vé, pues, le replicó, á llamarme al cura de San Félix.* Vino éste y le dijo que inmediatamente remediase el mal que aquella muger cometia, y el escándalo que de él se seguia; y lo que es mas, le supo indicar el nombre de la muger. Sucedió tambien en los últimos dias de su vida otro caso semejante y quizá mas admirable. Habiendo ido un jóven con una comision á la casa de San Miguel donde vivia Alfonso, hizo entrar consigo á una jóven disfrazada de soldado, para que no fuese reconocida, como en efecto no lo fué. Despertando Alfonso por la mañana, comenzó á gritar: *Echad fuera la muger: hay una muger en casa.* Al oír esto los que lo rodeaban, supusieron que el ruido que hacia era por alguna tentacion. Pero instruido el jóven de lo que pasaba, se atemorizó y ocultó luego á la muger, confesando despues á algunos, que ella era realmente una muger como Alfonso lo habia dicho, y que éste no podia saberlo sino por una luz sobrenatural.

Hacia ya muchos años que Alfonso como se ha dicho, por sus enfermedades y por su gran debilidad,

no podía ya celebrar la santa misa. Sin embargo, salía todavía en coche, y sostenido por otros iba á la iglesia. Pero desde el 20 de Setiembre de 1784 ya no estuvo en estado de salir ni aun en coche: y desde el 13 del próximo Octubre tampoco pudo ni bajar á la iglesia. Añádase á esto que se le aumentó la sordera en términos, que se le tenía que hablar con trompetilla, que perdió casi enteramente la vista, y que lo mortificó una gran hénria que le ocasionaba dolores y espasmos continuos y agudísimos. En este estado en que le lastimaba cualquier lienzo por ligero que fuese, y que parecía que le molestaba hasta el aire, se veía obligado á permanecer sentado en una silla con la cabeza apoyada en una mesita, ó si nó encogido en la cama, y sostenido con muchos cojines para conciliar un poco el sueño, porque no podía absolutamente estenderse, y algunas veces para hacerlo mover un poco, lo arrastraban por los corredores de la casa en una silla de cuero con ruedas. Ya nonagerio entonces Alfonso, se podía decir muy bien que estaba agobiado por un cúmulo de males, de los que cada uno parecía que era bastante para hacer prueba de su cristiano sufrimiento. Pero él mirándolos todos como un especial don y favor del Señor, que quería purificarlo mas y mas por este medio, y tenerlo como clavado en la cruz, no solo no se le

oyó jamas proferir una palabra que indicase la menor impaciencia ó la mas leve queja, sino que siempre mostró aun en su semblante la misma alegría de espíritu, de modo que causaba asombro y admiracion á los que lo veían, y por esto era considerado como otro Job. Habiéndole preguntado un dia el padre D. Andres Villani su director cómo se sentia, y cómo podía sufrir aquella gran curvatura de cabeza que se le apoyaba en el pecho, y por lo que visto de espaldas parecia un hombre sin cabeza, él no hizo mas que responderle con su acostumbrada y natural jovialidad, *Me parece que tengo una montaña á cuestras.* Cuando se le preguntaba cómo estaba, no respondia mas que, *hago la voluntad de Dios:* y continuamente de dia y de noche hacia actos de una perfecta resignacion, ó de una entera conformidad con el divino querer: *Señor, soy sordo,* dijo por eso una vez: *pero quiero ser aun mas sordo si así es de vuestro agrado.* Y habiéndose ofrecido despues hablar de un loco: ¡Ah, Señor! exclamó, *libradme de ser loco, porque al morir no podré haceros un acto de amor.* Pero añadió muy pronto: *Lo que vos querais.* Pocos meses antes de su muerte fué á verlo un sacerdote que sabiendo que habia pasado muy mala noche sin poder descansar ni un momento, le preguntó cómo se sentia, y él nada mas le respondió: *Estoy cercano á la muerte;*

pero no quiero mas que á Dios, solo á Dios, solo á Dios.

Mientras que Alfonso ponía en práctica con tanta exactitud lo que había enseñado á los demas en su libro de la *conformidad con la voluntad de Dios*, sufriendo tantos y tan penosos males, con inalterable paciencia, y con plenísima conformidad con las disposiciones y con el querer divino, no dejaba de observar todas sus prácticas devotas, en tanto y aun mas que aquello que podía soportar el estado de su salud. El, ademas de oír una ó mas misas, y comulgar todas las mañanas, se hacía leer por muchas horas del dia y aun de la noche, vidas de santos ú otros libros espirituales; de modo que no pudiendo los que leían, soportar por tanto tiempo la fatiga, debían sucederse el uno al otro alternativamente, tanto mas cuanto que por su gran sordera, debían leer en voz tan alta, que se oía desde la calle. El resto del tiempo lo empleaba ó en rezar rosarios, y otras oraciones vocales, ó en meditar las cosas celestiales, y en hacer actos de amor hácia su Señor, ó hablando cosas de Dios y de la salvacion eterna, con los que iban á visitarlo. De este modo pasó santamente, y sin perder jamas ni un momento, los ultimos años de su vida, en los que dió cada vez mas claras señales de todas sus heroicas virtudes, y mostró de una manera particular su gran

constancia en el bien obrar, y en observar incesantemente toda la práctica y todo acto virtuoso emprendido por él desde sus primeros años: lo cual era considerado por él tan necesario para la vida cristiana como para alcanzar las virtudes. Por lo cual acostumbraba decir á sus jóvenes alumnos: *Yo no erijo cosas grandes de vosotros: quiero cosas pequeñas, pero constantes y perseverantes.* Máxima tan cierta y tan justa, como poco atendida y menos practicada.

CAPITULO III.

Fé de San Alfonso.

Aunque de lo dicho hasta aquí se puede comprender muy bien, que Alfonso resplandeció muchísimo en toda clase de virtudes; sin embargo, hemos creído oportuno hacer aquí una mención particular de algunas de ellas, ó por que se han tocado muy ligeramente en el discurso de esta vida, ó porque se señaló en ellas de un modo especial. Y comenzando por la fé que es la raiz y el fundamento de todas las demas, y sin la cual es imposible agradar á Dios, esta fué siempre tan viva en Alfonso, que continuamente daba